

Estela Baz Los niños de Lemóniz



© Estela Baz, 2019
© Luis del Olmo, por el Prólogo, 2019
© Raúl López Romo, por El marco histórico, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A. Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito Legal: B. 28.485-2018 ISBN: 978-84-670-5107-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain* Impresión: Cayfosa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

Prólogo: Carta de un lector, de Luis del Olmo	13
Nota de la autora	17
La cartulina de <i>agur</i>	19
1. El runrún del motor	27
2. Tres deditos	30
3. El viaje largo	36
4. Madrid, ese sitio	40
5. Mamá, quiero jugar con otros niños	42
6. Riiing	45
7. La fuente mágica	49
8. Un babero hasta los pies	55
9. Lo que hay dentro de ese capazo	67
10. Mis katiuskas	76
11. En el caserío no se comen quesitos	81
12. El colegio se llama ikastola	87
13. Zorionak zuri!	89

ÍNDICE

14. Sorgina pirulina	94
15. Mi dibujo de un sol	102
16. ¡Volar!	106
17. Impulso con los pies	111
18. El doctor Piruleta	120
19. Cerrad los ojos y escuchad la música	127
20. Mis huellas en la nieve	136
21. La cabalgata	148
22. Un muñeco bebé para mí	155
23. Papá es malo	166
24. No más paseos con papá	171
25. El señor del periódico	175
26. Mi amigo Asier	182
27. La serpiente	191
28. Edificios gigantes junto al mar	199
29. Hablar con Silvia	209
30. Un buen plan	218
31. Escucho, pero no quiero escuchar	224
32. Los largos días de verano	230
33. Ser libre	237
34. Caracoles de tierra	243
35. Clases para papá	252
36. Un susto	258
37. Mi no cumpleaños	263
38. ¿Culebra o serpiente?	274
39. La ventana y el reloj	283
40. Los intrépidos montañeros	289
41. Los payasos también mienten	299
42. El reloj de Petete y todo bien	306
43. Las lágrimas de mamá	313
44. Un sueño	318
45. La noche más extraña	326
46. Es complicado	333

ÍNDICE

47. Somos cinco amigos de verdad	339
48. La multitud silenciosa	351
49. Cuando el reloj marque las horas	358
50. El llanto de mi madre	365
51. Hasta siempre, Jon	371
52. No quiero	377
53. Luis el de la radio	383
54. Dominó	389
55. Pronto, pronto	395
56. El lazo azul	404
57. El mejor día de todos	416
58. ¡Me muero!	422
59. ¿Cumpleaños feliz?	427
60. Seguro que volverá	435
61. Solos	441
62. La última cena	447
63. Si eres jefe, los malos te matan	456
64. Las montañas protectoras	467
Se cierra el círculo. Madrid, sábado 28 de abril de 2018	474
El marco histórico, de Raúl López Romo	477
Agradecimientos	481
Bibliografía	485

1

EL RUNRÚN DEL MOTOR

Lemóniz: la bomba estalló entre los trabajadores.
(Deia, 18 de marzo de 1978).

Estalló un artefacto en la central nuclear:
dos muertos y catorce heridos en Lemóniz.
(ABC, 18 de marzo de 1978).

Que vengas a ganarte el pan y te vuelen por los aires.
(Deia, 18 de marzo de 1978).

Nos íbamos de viaje. Me imagino a mí misma sentada en la alfombra en mitad del salón, apenas entretenida con aquellos cubos de colores que solo encajaban en una posición. Las pinzas de la ropa eran un juguete mucho más divertido, sin reglas, pero a mi madre no le gustaba echar la mano a la cesta y palpar el vacío.

Durante toda la mañana estaría viendo ir y venir a mi madre por la casa, recogiendo, moviendo cosas de un lado a otro, llenando bolsas. Cuando hacían así las maletas era porque nos íbamos unos cuantos días. Pero mi padre aún no había llegado, así que nos tocaría esperar.

De vez en cuando yo pronunciaría un «mamá» poco convincente y ella vendría, pero ya se conocía mi truco, así que me sonreiría, me daría un beso, tal vez me dirigiría algunas palabras en el tono cantarín que adoptan los adultos cuando hablan con los niños pequeños, «preciosaaa», «cómo está mi niñaaa», y volvería a correr de un lado a otro.

Un sonido leve de pisadas fuera de casa hacía que mi pequeño corazón se acelerara y me ponía a dar palmas: eso era que llegaba papá.

LOS NIÑOS DE LEMÓNIZ

- —Carmen, ¿cómo vas con todo?
- —Bien, casi listo. Voy a ver si se nos olvida algo y nos vamos.
- —Cojo un par de cosas de trabajo y ya. Si salimos ahora llegamos a la hora de cenar.
 - —Sí. ¿Cómo te ha ido hoy?
- —Como siempre, las cosas están revueltas, pero se irán calmando poco a poco. Sigo sin bajar a la central y a la oficina la información no llega de la misma manera... Pero bien, es un proyecto apasionante. De todas formas, necesito que salgamos de aquí un poco y cambiar de aires. En el pueblo siempre me relajo. Y ya sabes que me va bien incluso trabajar en el restaurante de tus padres.
- —Yo también, David, esta Semana Santa tendremos días para ir asentando cosas.
 - —Pa-pá, ma-má...
- —Ángela también tiene ganas de que nos vayamos... Me voy llevando esto al coche y te esperamos abajo.

Mi padre bajó un poquito después con unos papeles en la mano, siempre llevaba papeles.

Yo me ponía contenta con aquellos viajes. Iba moviéndome en el asiento de atrás a pesar de las advertencias de mi madre, me contagiaba del ambiente cálido entre mis padres dentro del coche, y cuando ponían uno de mis casetes al principio siempre me entusiasmaba y después poco a poco iba quedándome dormida entre el runrún del motor, sus voces tranquilizadoras, *La Abeja Maya* sonando bajito...

En un país multicolor nació una abeja bajo el sol...

Debió de acabarse la primera cara sin que me diera cuenta porque unos pitidos me sobresaltaron. Era ese *piii piii* que siempre hacía que mis padres se quedaran callados y escucharan atentamente las voces que salían de la radio.

-Ma-má, Mayaaa.

EL RUNRÚN DEL MOTOR

- —Sí, cariño, espera un momentito que escuchamos una cosa y ahora ponemos otra vez a Maya.
 - —Dos trabajadores muertos, otros catorce heridos y...

Es probable que mis padres se olvidaran de volver a poner el casete. El silencio se abatiría sobre nosotros, ahora solo roto por el runrún del motor. Me quedé dormida. Enseguida iba a ver a mis abuelos.

2

Tres deditos

Si no surge ningún obstáculo más, hoy se vota en el Congreso la moción sobre Lemóniz. (Egin, 11 de octubre de 1978). 40 encartelados antinucleares recorrieron las calles de Bilbao. Se disolvieron sin que se produjeran incidentes. (Deia, 4 de noviembre de 1978).

Parecía que habría una fiesta y que yo sería la protagonista porque mi madre me había puesto un vestido muy bonito, me había peinado despacio y me había echado colonia. En la mesa de la cocina había de todo, pero lo que de verdad creo poder recordar es la gran tarta de chocolate que ella había preparado para mí. Su aroma delicioso se había propagado desde el horno por toda la casa y ahora que estaba encima de la mesa yo quería meter mi dedito ahí como fuera, me ponía de puntillas y alzaba mi brazo por encima del tablero de formica.

No era un día festivo porque mi padre no estaba, pero sí de fiesta para nosotras. Mi madre estaría seguramente ilusionada, aunque también algo nerviosa.

—Ay, mi pequeñaaa —otra vez con ese tono de los mayores cuando hablan con los niños—, ya cumples tres añitooos. Ya verás qué de amigos vienen a soplar las velas contigo.

Llamaron a la puerta. Laura y su madre. No recuerdo tener una amiga antes que Laura. Con ella iba al parque, con ella conseguí terminar mi primer puzle, y juntas escuchamos música por primera vez.

TRES DEDITOS

Durante la semana nos bajaban por las mañanas a la playa y recuerdo perfectamente nuestros pequeños pies jugueteando sobre las piedras del camino que iba hasta la arena. Vivíamos enfrente, solo había que cruzar la calle y en un segundito estábamos juntas.

Laura y yo éramos muy diferentes: ella delgadita, muy morena, con el pelo muy liso y siempre corto, «como una gitanilla», le decía la gente por la calle, y yo rubia, con una melenita que se me rizaba en las puntas. Al salir de la bañera mi madre me cepillaba y luego me revolvía el pelo con la mano y aparecían esos ricitos. Me gustaba verlos aparecer y me encantaba que me peinara de aquella manera. Muchas veces me ponía cerquita de ella y le pedía con gestos que me tocara el pelo.

A Laura siempre le ponían esos vestidos de marinerita, con los zapatitos a juego y muy brillantes, que a mí me parecían preciosos y por los que sentía un poco de envidia. Pero a ella no debían de gustarle mucho porque yo la veía estirarse el vestido hacia los lados, intentar abrírselo tirando con las manos del cuello hacia abajo, como para coger aire, y siempre terminaba quitándose los zapatos. Pero nunca decía nada, ella siempre sonreía. Y al poco de salir de casa ya se le había olvidado.

A mí en cambio mi madre me llevaba con petos o pantalones vaqueros y zapatos como los de los chicos.

La madre de Laura, Isabel, y mi madre eran muy amigas, y nuestros padres trabajaban en el mismo sitio.

- —Qué pronto habéis llegado.
- —Sí, es que Laura estaba muy guerrera, tenía muchas ganas de venir y darle su regalo a Ángela.
 - —Pasad, estoy terminando de colocarlo todo.
- —¡¡¡Ángela, Ángela, miraaa!!! —gritó Laura mientras corría hacia mí.

Traía un paquetito de color verde con un lazo, y su madre la cámara de fotos colgada al cuello, como tantas veces.

Fueron llegando los demás niños, cada uno con un regalo para mí. Marcos, Pedro, Lucía, Margarita, Irantzu, Laura y yo mirábamos

LOS NIÑOS DE LEMÓNIZ

hipnotizados la merienda que Isabel y mi madre habían colocado en la mesa baja del salón, sobre todo las medianoches de Nocilla.

—Irantzu, no se puede empezar a comer hasta que estemos todos.

Marcos cogió a escondidas un trozo de pan con mantequilla y azúcar e Irantzu le lanzó una mirada rápida con sus ojillos achinados. Quizá esperaba que compartiera con ella una parte de su botín, pero él se lo llevó a la boca en un movimiento rápido de camaleón y siguió mirando al frente como si nada.

Por fin pudimos abalanzarnos todos sobre la merienda y, cuando ya no podíamos más, entró mi madre con la tarta en una mano y haciendo parapeto con la otra para que no se apagaran las tres pequeñas velitas que la coronaban. Según me han contado —y me temo que las fotos lo atestiguan—, me hicieron falta más de tres intentos y toda la ayuda de mis amigos para apagar esas velas.

Nos fuimos a jugar a mi cuarto, yo arrastrando a Cua-cua de su cuerdecita, y probablemente de camino por el pasillo le lanzaría una mirada fulminante a la puerta, que no terminaba de abrirse para dejar que apareciera mi padre. Cua-cua hacía un ruidito muy simpático al rodar; a mis amigos les encantaba.

Las madres se quedaron en el salón hablando todas a la vez; montaban casi tanto jaleo como nosotros, y a pesar de eso escuché por fin el murmullo de pisadas del otro lado de la puerta, y enseguida las llaves.

—¡Papá, papá, papá! —exclamé, dando saltitos esperando su abrazo inmenso.

Quería contárselo todo y enseñarle mis regalos. Detrás de mí escuché el *cua cua cua cua*. Era Laura, que había salido del cuarto arrastrando mi patito y también venía hacia la puerta. Posiblemente su papá vendría con el mío. Yo siempre le dejaba a ella otro juguete también de arrastrar, un perrito de madera, el primo de Cua-cua. Perrito tenía unas grandes orejas rojas que se balanceaban. Pero ahora Laura había preferido arrastrar a Cua-cua, yo también se lo dejaba.

TRES DEDITOS

Mi madre no se levantó, solo miraba con una sonrisa desde el sofá. Sé que le hacía feliz verme tan ilusionada esperando la llegada de mi padre.

Por fin se abrió la puerta, papá dejó caer el maletín con los papeles al suelo, me cogió en brazos y me besó.

—¡¡¡Preciosaaa, felicidades!!! No he podido llegar antes.

Laura nos miraba desde abajo muy seria, esperaba ver a su padre.

-Laura, tu papá está subiendo, ahora viene.

Yo seguía a mi padre de un lado para otro.

—Cariño, déjame que salude a los amigos... Tengo una sorpresa para ti, pero te la daré luego, cuando estemos más tranquilos.

Volví con los demás. Ahora quería que todos se fueran para estar con mi padre y ver esa sorpresa. Pasó un rato largo. Mi cuarto estaba patas arriba. Entró Isabel:

—Chiquitines, nos vamos, recoged los juguetes.

Me quedé calladita, ahora ya no quería que se fueran. Las despedidas duraron un buen rato. Qué aburridas aquellas despedidas.

—¡Por fin solos! Ángela, ven.

Cua-cua voló por el pasillo detrás de mí. Me subí al sofá al lado de mi padre.

—Felicidades, eres una muchachita muy mayor ya. Toma, esto es para ti.

Con mucho cuidadito y con su ayuda, abrí el paquete. Era un libro grande. En la portada salía un niño pelirrojo y con rizos; estaba colgado de una de las letras, a lo mejor era la «a», o la «o».

—Mira, se llama Teo y se parece a ti, mira el color de su pelo y los ricitos que tiene. Es un niño muy listo y vive muchas aventuras, tantas como las que tú vas a vivir. Hay que ver lo mayor que te estás haciendo, qué rápido pasa el tiempo... Cuánto me gustaría poder estar más contigo...

—Papá..., Cua-cua.

Mi patito se había quedado tirado en el suelo. Mi padre me colocó a un lado y recogió a Cua-cua. Me lo puso entre las manos y de nuevo me sentó sobre sus rodillas. —¿Sabes que hoy Cua-cua cumple un año?

Me concentré para lograr sacar tres deditos de mi puño y esconder los otros dos.

- —Tú cumples tres añitos, sí, como esos tres deditos. Pero Cuacua cumple uno —dijo mientras con su mano enorme escondía en mi puño dos de los deditos que yo había dejado fuera.
 - —¿Ves? Tres deditos son tus años, un dedito los años de Cua-cua.
 Yo adoraba ese juguete de madera pintado de amarillo.
 - —Me acuerdo muy bien del día que lo traje a casa...

¿Iba a contarme la historia de Cua-cua? ¿Dónde estarían sus papás? Mi padre muchas veces estaba callado ratos largos, pero también contaba historias preciosas.

- —Ibas a cumplir dos años. Estabas aquí con mamá, yo estaba muy lejos, fuera de este país.
 - —¿Fuera?
- —En un pueblo que se llama Ringhals, en Suecia, que es un país muy bonito, al norte, con mucho mar y mucha nieve. Yo estaba trabajando allí y me quedaba en un hotel porque mi casa estaba aquí con mamá y contigo.

No entendía mucho, pero mis ojos estaban muy abiertos y lo escuchaba atenta.

—Iba a pasar allí una semana pero tenía mucho trabajo y al final estuve fuera más de lo que yo imaginaba. Y cada minuto de todo aquel tiempo pensaba en ti y en mamá.

»En Suecia hay muchísima nieve y mucho hielo, como en el Polo Norte, y en invierno los días son muy, muy cortos, y las noches muy, muy largas. Yo estaba allí y tres días después iba a ser tu segundo cumpleaños. Y yo iba a montarme en un avión para venir a estar contigo. Pero había una tormenta de nieve que duraba días y días, hacía muuucho frío. De todas formas, aproveché el ratito de luz del día para desafiar la tormenta y buscar una tienda de juguetes. En una callecita desierta, entre los copos de nieve que volaban con el viento, vi un escaparate pequeñito, iluminado como un faro. Y a la luz cálida de

TRES DEDITOS

aquel escaparate pequeñito, desde la calle cubierta de hielo, vi un patito amarillo de madera, entre otros juguetes preciosos, todos de madera de muchos colores. Entré. Dentro hacía mucho calorcito y había juguetes y marionetas por todas partes. Por gestos, como hacías tú entonces, me entendí con la ancianita que hacía los juguetes. Porque en Suecia no hablan español... Señalé el patito. Ella lo puso en el suelo, lo hizo rodar y la lengüeta empezó a sonar, *cua cua cua*. Ese patito se venía conmigo. Cuando ya me iba, desde una estantería al lado de la puerta, un perrito me echó una mirada lastimera... Vale, ese también...

»Con Cua-cua y Perrito me volví al hotel, con mucho cuidado para no resbalar en el hielo, no fueran a caérseme...

»En cuanto te di a Cua-cua empezaste a tirar de él por el pasillo, tan feliz... Y así hasta hoy, pequeñaja...

—¡Ángela! —Era mi madre desde el baño—. Vamos, preciosa, que es tardísimo.

Esa noche Cua-cua durmió en el salón, y yo soñé con aquel pueblo nevado y la aventura de mi padre para traer el patito a casa.